

Legado clássico no Renascimento e sua recepção:

contributos para a renovação
do espaço cultural europeu

Nair de Nazaré Castro Soares,
Cláudia Teixeira (Coords.)

IMPRESA DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA
COIMBRA UNIVERSITY PRESS

ANNABLUME

**LA RESTITUTIO IMPERII EN LAS CARTAS DE PETRARCA AL
EMPERADOR CARLOS IV**
(*The restitutio imperii* in Petrarca's letters to Emperor Charles IV)

SANTIAGO LÓPEZ MOREDA (slopez@unex.es)
Universidad de Extremadura

RESUMEN – Con la entrada en Roma de las tropas de Alarico, se ponía fin al Imperio Romano que había sido la primera unidad europea. Tras la caída de Roma, el viejo imperio fue solamente un recuerdo que perduraba en el colectivo cristiano y que recuperó su razón de ser en el siglo VIII, cuando Pipino es reconocido como rey de los francos por el papa Zacarías y ungido por el Papa Esteban II. Su hijo Carlomagno fue coronado por el papa León III, en la Navidad del año 800, como “Emperador que gobierna el Imperio romano”. Fue solo un espejismo, porque la desmembración del imperio carolingio dio pie a una serie de estados feudales que habrían de esperar la llegada de Petrarca para tratar de recuperar mediante el emperador Carlos IV de Bohemia la ansiada *restitutio imperii*.

PALABRAS CLAVE – imperio, unidad religiosa, unidad política, *restitutio*, cartas.

ABSTRACT – The arrival of Alarico's troops in Rome marked the end of the Roman Empire, which had been regarded as the first European Union. After the fall of Roma, the Old Empire became part of the past, some sort of memories that pervaded Christian culture and which came to the forefront once again during the 8th century, when Pipino is appointed King of the Franks by Pope Zacarias and anointed by Pope Esteban II. His son Charlemagne was crowned by Pope Leo III, on Christmas day 800, as “The Emperor that governs the Roman Empire.” This was a mere illusion given that the dismemberment of Charlemagne's Empire paved the way for a myriad of feudal states which Petrarch will try to unify by means of the *restitutio imperii* and Emperor Charles V of Boheme.

KEYWORDS – empire, religious unity, political unity, *restitutio*, letters, nationalism.

1. LAS BASES DE LA RESTAURACIÓN.

El Imperio Romano de Occidente se había asentado en tres pilares esencialmente, el de la unidad política, la unidad lingüística y la unidad religiosa (el cristianismo), desde Teodosio el Grande.

La unidad lingüística venía garantizada por el latín, lengua franca antes de la irrupción de las lenguas vernáculas; la cristiana por el edicto de Tesalónica de Teodosio el Grande; solamente la política había de ser restituida reunificando los numerosos reinos y repúblicas en que se había escindido el viejo imperio. Esta reunificación es precisamente la anhelada y perseguida por una de las más insignes figuras del Renacimiento, Francesco Petrarca, al que se unirían más

tarde Lorenzo Valla reivindicando la unidad lingüística y el emperador Carlos V haciendo lo propio desde el punto de vista religioso tras la Reforma.

Cuando el emperador Luis IV de Baviera fue depuesto por el papa Juan XXII por su política contra Italia, a instancias del nuevo papa, Clemente VI, Carlos IV de Bohemia fue elegido “rey de los romanos” en abril de 1346 con el compromiso de favorecer la política pontificia en Italia hasta el punto de ser conocido como el “emperador de los prelados” (*l'imperatore dei preti*). Asistimos a las páginas más tristes de la iglesia católica porque los sucesivos papas de Avignon no hicieron otra cosa que vender cargos eclesiásticos (Juan XXII), derrochar sin reparo en artistas, poetas y mujeres (Clemente VI) o completar la regia magnificencia del palacio papal sin escatimar en criados y prostitutas (Urbano V). Con razón Petrarca, recordando el famoso pasaje del Apocalipsis¹ en la *Invectiva contra eum qui maledixit Italiae*, llamó a la ciudad francesa “Babilonia de Occidente” e “Infierno en la tierra”, *sentina profundissima vitiorum omnium, imo quidem ex inferno illo viventium*, frente a la ciudad eterna: *Roma vero, mundi caput, urbium Regina, sedes imperii, arx fidei catholicae, fons omnium, memorabilium exemplorum*².

Parecido era el sentir de Catalina de Siena propugnando la pacificación de Italia y el retorno del papado a Roma, lo que no ocurriría hasta 1378 con el papa Gregorio XI, aunque por la resistencia de los cardenales que nombraron a su papa, el Cisma de Occidente no vería su fin hasta el Concilio de Constanza en 1417.

2. LAS CARTAS DE PETRARCA AL EMPERADOR CARLOS IV

Deseando el retorno del papado a Roma y la pacificación de Italia, el humanista italiano implora la presencia del rey de Bohemia para cumplir dos fines: la unificación de la Iglesia con sede en el lugar de su origen, Roma, y la restauración del Imperio con sede igualmente en Roma, por ser allí donde Augusto fijó la cabeza del Imperio. A tales fines, escribe dos cartas exhortándole a su venida, *Familiars*, X, 1 y *Familiars*, XXI.

Ante la demora del monarca, le escribe nuevamente (*Familiars* XVIII, 1) desde Milán, el 21 de noviembre de 1353, refutando las excusas hasta que, por fin, ve cumplidos sus deseos alegrándose de la venida en el otoño de 1354 (*Familiars* XIX, 1), si bien la coronación no tendría lugar hasta el 5 de abril de 1355, cuando el Papa es ya Inocencio VI.

Pero el emperador es consciente de las dificultades que entraña permanecer en una Italia dividida en facciones y repúblicas donde los *condottieri* se venden al mejor postor por lo que, una vez cumplido su deseo de la coronación imperial,

¹ *Apocalipsis* 17: 1-5

² Chandelle 2006: 191; Martellotti 1955: 772.

retorna a Bohemia con la frustración consiguiente de Petrarca, como le hace saber en *Familiares* XIX, 12.

En una última carta, *Familiares* XXIII, 2, cuando parece dar por perdida la causa que tanto le preocupó reprocha nuevamente al César el abandono de la república y el imperio.

Contamos, pues, con dos exhortaciones para la venida del monarca, una refutación de las excusas dadas por éste, una *gratiarum actio* cuando al fin consigue su deseo y dos reprobaciones tras el abandono de Italia. En conjunto, un perfecto cuadro retórico; de manera individual, unidades temáticas analizables en sí mismas. Por la importancia del tema que estamos tratando nos detendremos en la primera exhortación, la de *Familiares*, X, 1: *A Carlos IV, rey de romanos. Exhortación para que venga a Italia*, escrita en Padua el 24 de febrero de 1351:

(2) ¿Por qué te has olvidado de nosotros y, si está permitido decirlo, de ti mismo? ¿Por qué te has despreocupado de los asuntos de Italia? Nosotros confiábamos plenamente en que tú, enviado hasta nosotros desde el cielo, serías el más firme garante de nuestra libertad. Tú, en cambio, rehúyes este compromiso y cuando es preciso actuar de inmediato, das largas con dilatadas deliberaciones... (3) ¿Por qué, por seguir con mi discurso, pierdes el tiempo en deliberaciones como si estuvieras seguro de lo que ha de suceder? No sabes en qué breve espacio de tiempo cambia la situación de los sucesos más importantes, y aquello que tardó muchos siglos en formarse en un solo día a menudo se concluye. Créeme, si prestas atención a tu prestigio y a la situación en que se encuentra tu Imperio, te darás cuenta de que tus asuntos y los nuestros no requieren de dilaciones...

(5) El Imperio Romano largo tiempo convulso por muchas tempestades ha depositado toda la confianza de su salvación, muchas veces frustrada y ya casi perdida, en tu valor, y tras no pocos contratiempos finalmente respira bajo tu amparo; pero no puede vivir mucho tiempo más solamente esperando... (6) Pon fin, pues, a toda demora, y lo que es más útil a cualquier propósito, valora la importancia de cada día que pasa. Este pensamiento te hará pequeño el tiempo, este pensamiento te obligará a venir y mostrar entre los nubarrones de nuestras adversidades la luz tan esperada de tu augustísima frente.

(7) Que no te detengan las preocupaciones de lo que ocurre más allá de los Alpes ni la dulzura de tu suelo natal. Siempre que mires a Germania, piensa en Italia. Allí naciste, aquí has crecido. Allí tienes un reino, aquí un reino y un imperio y, lo que puedo decir con la venia de todos los pueblos y tierras, en todas partes tendrás los miembros de la monarquía, pero aquí la cabeza. Pues no hay lugar para la apatía como para que todo se supedite el asentamiento.

(8) Sé muy bien que toda empresa nueva es sospechosa; pero no afrontas una empresa nueva e Italia no te resulta más desconocida que Germania. Desde tu infancia, enviado hasta nosotros por voluntad divina, siguiendo el camino de tu ínclito padre de admirable índole, junto con él aprendiste a conocer las **ciudades de Italia**, las costumbres de sus gentes, su geografía y los rudimentos

de una gloriosa milicia. (9) Más aún... no temías reconocer como patria aquella que, siendo niño, te había proporcionado materia de tantas victorias y, lo que cabía esperar como emperador, lo anticipabas ya en el aprendizaje de tus primeros años. (10) Suma a esto que **Italia nunca esperó con tanta alegría la llegada de un príncipe extranjero, como que nunca de otro lugar esperó el remedio de sus heridas y no teme tu yugo como el de un príncipe extranjero...** Por un admirable favor de Dios, ahora por vez primera, tras muchos siglos, torna a nosotros la costumbre patria y **nuestro Augusto**. Que los germanos te reivindicquen como les venga en gana, nosotros **te consideramos italiano**. (11) Apresúrate... Date prisa. Sé que te agradan las acciones propias de un César, y no sin razón: **eres un César**. Y se dice que aquel ilustre fundador del Imperio se dio tanta prisa que a menudo se adelantaba a los mensajeros que anunciaban su llegada. Haz tú lo mismo y a quien igualaste en títulos, iguálalo también en acciones. (12) **No fatigues más a Italia con el deseo que tiene de ti;** no enfríes nuestro ardor con mensajes y con la espera. A ti es al único que deseamos; pedimos contemplar tu rostro ansiado. Si eres amigo de la virtud, si buscas la gloria de la que –yo te llamaré **nuestro Carlos**, como Marco Tulio llama a Julio César– no negarás que estás ansioso, aunque seas sagaz. Te lo pido, no rechaces tu deber, pues quien así hace rechaza también la gloria y la virtud, a la que sólo se llega por una vía laboriosa y ardua. (13) ... En verdad, de todas las más grandes y respetables preocupaciones tuyas, ninguna tan importante como **imponer la paz a toda Italia**. (14)... Imagínate ahora que estás viendo el aspecto del **alma de la ciudad de Roma**, piensa en una **matrona** de edad avanzada, con canas, desgredada, con la túnica rasgada y una palidez miserable, pero con el ánimo invicto y sereno, consciente de su vieja majestad, y que te habla en estos términos: (15) “César, no desprecies mi edad, yo fui capaz de mucho en otro tiempo, realicé grandes empresas. Yo dicté leyes, ordené el año, enseñé la disciplina militar. Yo, tras pasar quinientos años en Italia, los doscientos siguientes –hay dignísimos testimonios que dan fe de ello– recorrí combatiendo y venciendo Asia, África, Europa y todo el orbe terrestre; en suma, recorrí todo con guerras victoriosas, con mucho sudor y mucha sangre, sentando las bases de un imperio que nacía con mucho sentido. (16) Yo vi a **Bruto**, el primer defensor de la libertad, obedecerme tras dar muerte a sus propios hijos, morir tras causar y recibir heridas del enemigo; yo me quedé estupefacta ante el hombre armado y su hijo nadando sin recibir daño; yo conocí el generoso exilio de **Camilo** y la penosa milicia de [Papirio] Cursor y la desmelenada cabeza de Curio, y al cónsul elegido mientras araba, y al dictador que cultivaba el campo y la regia pobreza de Fabricio y el brillante entierro de Públicola y la extraña sepultura de Curcio aún vivo, y la gloriosa cárcel de Atilio y a los Decios decididos a morir con singular promesa, y el espectacular duelo de Corvino y a Torcuato, blando con su padre, pero duro con su hijo, y la sangre derramada juntamente por los Fabios y al atónito Porsena, y la mano generosa de Mucio Escévola quemada en el fuego. (17) Yo tuve que soportar las llamas de los *senones* y los elefantes de Pirro y las riquezas de Antíoco y la pertinacia de Mitridates, la locura de

Sífax, las dificultades de los *ligures*, las guerras *samnitas*, las insurrecciones de los *cimbrios*, las amenazas de los *macedonios* y las traiciones *púnicas*. Y a *Carras*, *Egipto*, *Persia*, *Arabia*, *el Ponto*, *las dos Armenias* y *Galacia*, *Capadocia*, *Tracia*, *el litoral mauritano* y *los desiertos de Etiopía*; los campos de *Libia* y de *Hispania*, *Aqua Sextia*, *el Ticino*, *Trebia*, *Trasimeno*, *Cannas* y *las Termópilas*, célebres por la sangre persa. (18) El Danubio y el Rin, el Indo y el Hidaspe, el Ródano y el Ebro, el Éufrates, el Tigris, el Ganges, el Nilo y el Hebro, el Tanais y el Araxes; el Tauro y el Olimpo, el Cáucaso y el Atlas; el Jonio y el Egeo, y el mar de Escitia y el de Carpacia; el Helesponto y el estrecho de Eubea, el Adriático y el Tirreno, y por último, el océano sometido a nuestras naves los teñí de sangre enemiga y la de nuestros propios hijos para que **una paz eterna** pusiera fin a tan larga serie de guerras y diera **estabilidad a un imperio** obra de muchos y que habría de llegar hasta ti. (19) Y no me equivoqué en la empresa. Cumpliendo con lo prometido, vi todo a mis pies. Pero, poco a poco, no sé cómo, tal vez porque las obras de los mortales conviene que sean percederas, la molicie de otros se infiltró en mis logros y, para no dar comienzo a una historia que haría llorar, ves a qué ha ido a parar todo.

(20) Tú, destinado a mí por voluntad divina, cuando ya estaba a punto de perder toda esperanza, ¿qué piensas?, ¿Por qué te detienes?, ¿a qué esperas?. Nunca se presentará ocasión más propicia de necesitarte yo o de que tú puedas ayudar, ni **un Romano Pontífice más clemente**, o un anhelo mayor de todos los pueblos o un momento más propenso ni más ilustre de los hombres o del favor de Dios ¿Vacilas? La demora fue siempre enemiga de un príncipe. Que muevan tu ánimo los ejemplos celebérrimos de aquellos que sin diferenciarse en nada de sus antecesores aprovecharon la primera oportunidad que se les presentó sin vacilar ni un momento.

(21) **Alejandro el Macedonio** a la misma edad que tú tienes ahora, tras recorrer todo Oriente, llegaba a los reinos de la India para apoderarse de todo lo ajeno; tú, reclamando lo que es tuyo, ¿no vas a entrar en Italia que te es devota? A tus mismos años, **Escipión el Africano**, habiendo pasado a África, contra el parecer del senado puso sus piadosas manos al servicio de un Imperio que vacilaba y amenazaba ya ruina, y con increíble valor sacudió el yugo cartaginés que se cernía sobre mí. (22) Gran empresa, de entre las primeras dignas de recordar por la singularidad del peligro, invadir los territorios enemigos mientras el nuestro estaba en llamas, y vencer a Aníbal, vencedor entonces de Italia, de las Galias y de Hispania y que, entonces lleno de ínfulas, ejercía su poder en todo el orbe. A este Aníbal yo lo vi aquí derrotado (23) Tú no tienes que atravesar mar alguno, tú no tienes que vencer a ningún Aníbal; **el camino es fácil**, todo es llano y abierto, y lo que algunos creen que es cerrado se abrirá ante el rumor de tu llegada. **Un campo enorme para agrandar tu fama se abre**, si no lo rechazas; has de avanzar fuerte e intrépidamente. Dios, compañero de los justos y favorecedor de los príncipes, estará presente; estarán también presentes las tropas armadas de hombres buenos, siendo tú el caudillo y **reclamando todos la libertad perdida**.

(24) Podría ahora apremiarte con **ejemplos** contrarios de aquellos que no

rehusaron llevar a término sus gloriosos propósitos por impedírsele la muerte o algún otro impedimento grave, pero donde sobran ejemplos domésticos, no hacen falta ejemplos ajenos. (25) Te bastará con uno solo, no lejano y que no hay que buscarlo en los anales: el ejemplo de **Enrique, tu serenísimo abuelo**, de eterna memoria, que si hubiese podido concluir lo que se propuso de manera sagrada, le habría sido suficiente un breve espacio de tiempo y habría dejado, cambiada la suerte de los acontecimientos, a los enemigos derrotados, a mí en el reino y completamente libres y felices a todos los pueblos de Italia. Ahora él, habitante perpetuo del cielo, te contempla, cuenta los días y las horas e, increpándonos a ti y a mí, nos habla en los siguientes términos: (26) *Queridísimo nieto, estando tú vivo no ha muerto la esperanza de los buenos y ni siquiera yo mismo, abraza a nuestra Roma y sus lágrimas y súplicas dignísimas y prosigue con igual ardor el propósito de renovar el estado que estropeó la muerte más dañina para el mundo que para mí mismo; prosigue con más felicidad y alegría el celo ineficaz de mi ánimo. Ponte manos a la obra, no te detengas y, pensando en mí, recuerda que también tú eres mortal.* (27) *Date prisa y atraviesa las alturas alpinas que te esperan felices. Roma llama a su esposo, Italia a su libertador* y además desea ser hollada por tus pies; te esperan con alegría las colinas y los ríos, te esperan las ciudades y fortalezas, te esperan las formaciones de hombres buenos. Y si ninguna otra cosa te apremia, salvo el saber que a los *malvados parecerá siempre breve el tiempo* y a los buenos que nunca te has apresurado lo suficiente; suficiente motivo es para éstos que les traigas la alegría y para aquellos la pena y, en el caso de que quieran arrepentirse, el perdón. **Tú eres el único al que Dios Omnipotente reservó la gloria de retardar mi consejo**³.

La carta constituye un modelo excelente de *suasoria* sin olvidarse de ninguno de los argumentos retóricos. A las interrogativas iniciales que aumentan la emotividad, propia de un exordio, le sigue una serie de razonamientos basados en la importancia de la libertad del pueblo romano, simbolizada en los héroes legendarios que la fueron gestando en el interior de Italia: Bruto, el fundador de la República romana que acabó con la tiranía de los etruscos; Camilo, también presente en Lorenzo Valla que se presenta cual nuevo Camilo para librar a Roma de la barbarie, conquistador de Veyes; Fabricio, que sometió a los pueblos del sur de Italia; Decio Mur, el vencedor de los samnitas; Corvino, el vencedor de los galos en combate singular, cuya leyenda transmite Valerio Máximo; Torcuato, también vencedor de los galos y modelo de disciplina militar al dar muerte a su hijo, aunque vencedor, por desobedecer sus órdenes; Escévola, el modelo de fortaleza ante Porsena.

La alegoría de Roma personificada como una anciana desvalida sirve también a Petrarca para mostrar la grandeza del Imperio nacido de los triunfos contra los enemigos exteriores más relevantes: Pirro, Antíoco, Mitridates y Aníbal. La

³ Rossi 1923-1942: 643.

historia de la grandeza de Roma justifica sin más el que sea la cabeza del Imperio cuyos límites geográficos son puestos de relieve mediante un catálogo de ríos, mares y el océano, *omnia sub pedibus meis vidi* (“vi todo a mis pies”), concluye la personificación de Roma.

Como aconseja la retórica, tres *exempla* históricos vienen a confirmar su exhortación; los de Alejandro Magno, Escipión el Africano y, de entre los enemigos, Aníbal. Todos ellos tienen en común no haberse demorado en sus empresas y que éstas han sido más difíciles que la de Carlos, pues “no ha de atravesar ningún mar ni derrotar a Aníbal ninguno”. Es más, cuenta con la ayuda de un papa clemente, jugando con el nombre del papa Clemente VI, de Dios y de los que piden la paz, para concluir, como si de la *peroratio* de un discurso se tratara, apelando nuevamente a la emotividad evocando la memoria de su abuelo Enrique VIII, muerto de malaria en Siena en 1313 siendo emperador del sacro Imperio tras enfrentarse al expansionismo francés y tratando de recuperar la influencia de Italia. Su abuelo Enrique es el Alto Arrigo en el *Paráiso* de Dante:

E 'n quel gran seggio a che tu li occhi tieni per la corona che già v'è sù posta,
prima che tu a queste nozze ceni, sederà l'alma, che fia giù agosta, de l'alto
Arrigo, ch'a drizzare Italia verrà in prima ch'ella sia disposta
La cieca cupidigia che v'ammalia simili fatti v'ha al fantolino che muor per
fame e caccia via la balia⁴.

“En aquel gran asiento donde tienes los ojos fijos a causa de la corona que está colocada sobre él, antes que tú cenes en estas bodas se sentará el alma del gran Enrique [alto Arrigo], que será Augusta en la Tierra; el cual irá a reformar la Italia antes que se halle preparada para ello. La ciega codicia que os enferma, os ha hecho semejantes al niño que muere de hambre y rechaza a su nodriza”.

Beatriz profetiza que el emperador vendrá a Italia para restablecer el buen gobierno aunque el país no sea favorable a su venida y lo expulsará como a un niño que muere de hambre dejado por su nodriza a causa de la ciega pasión.

Tras un año sin recibir respuesta, Petrarca vuelve a escribir al Emperador en tono suplicante (*oro, precor, obsecro*), ahora desde Avignon, en febrero de 1352⁵, apelando nuevamente al honor del Imperio, la salvación de Italia, el consuelo de la ciudad de Roma, vista como una esposa, la alegría de los amigos, el interés de los súbditos y, en suma, a la cristiandad que reclama una nueva Cruzada a Tierra Santa para terminar la labor inconclusa de su abuelo: “Ves la situación presente de Italia; allí donde tu abuelo y tus antepasados encontraron muchas rebeliones, allí mismo tú encontrarás un gran premio”.

⁴ Dante, *Divina Comedia, Paradiso*, XXX, 133-141.

⁵ Rossi 1923-1942: 723

Finalmente responde el Emperador, excusándose de su demora, por lo que Petrarca escribe desde Milán, el 21 de noviembre de 1353, una tercera carta⁶, insistiendo en que se dé prisa, porque sólo él tiene en la mano el freno de la tierra y el timón del mar. La carta, por lo demás, constituye un modelo de auténtica *refutatio* de las razones dadas por Carlos IV:

“En verdad grité, pero en vano, y mis dos cartas no fueron escuchadas, cuyo estilo, aunque era demasiado descuidado para tus oídos, estaba sin embargo lleno de verdad en su contenido y era sincera la esperanza de quien escribía... Te exhorté, pues, a que te dices prisa, no a que te precipitases, sino a que te apresurases”.

Y para apoyar esta exhortación acude nuevamente a *exempla* de los clásicos: Virgilio, en su conocido pasaje de la salida de Troya (“Prestaos a huir (*maturate fugam*)”⁷, y César Augusto, que aconsejaba cumplir una empresa sumando a la vez rapidez en la toma de decisiones y lentitud en la preparación, de cuyos dos contrarios nace la prontitud.

El Emperador ha justificado su demora por cuatro causas que son refutadas por el humanista:

(11) **La primera razón** que das para tu demora es **el cambio de los tiempos**, que además exageras con un sinfín de palabras para que yo me sienta obligado a admirar y alabar más el ingenio de quien escribe que el ánimo del emperador. (12) ¿Qué ocurre ahora, pregunto, que no haya ocurrido antes? Más aún, ¿qué peligros o desgracias padecemos hoy que puedan parangonarse a los de nuestros antepasados cuando Breno, cuando Pirro, cuando Aníbal devastaba Italia? ¿Qué comparación es posible? Toda desgracia nuestra no es fruto de la naturaleza de las cosas sino de nuestra dejadez; aquello que hacía reír a nuestros antepasados a nosotros nos hace llorar... y sin embargo ninguna época ni ningún pueblo hubo jamás más proclive a buscar excusas... Si viviera hoy la Roma aquella de la que tú heredaste el título, si viviera el César aquel de cuyo nombre y ánimo tienes, como solíamos esperar, mucho más rápido que entonces alcanzarían la cima de las cosas y la cumbre del Imperio.

La segunda razón tiene que ver con la situación de Italia, presta a entregarse a cualquier caudillo investido de la *virtú* renacentista para acabar con los males del momento, el *luxus*, la *inertia* y la *ignavia*, sin que sirva de excusa “qué gran bestia es el Imperio”, como en su día dijera el emperador Tiberio⁸.

⁶ Rossi 1923-1942: 958

⁷ Virgilio, *Eneida*, I 137

⁸ Suetonio, en la *Vida de Tiberio*, XXIV, dice textualmente: unque Tiberio no hubiese vacilado un momento en apoderarse del mando y ejercerlo; aunque tenía ya en derredor suyo,

La tercera razón es la del diplomático que considera la guerra como el último recurso: (26) “Pero, **“hay que agotar todas las vías antes que la guerra”** (*cuncta prius tentanda quam ferrum*), excusa que refuta con ejemplos de la historia de Roma, como el de Escipión el Africano, el de Nasica, el vencedor de los lusitanos, que acabó con la rebelión de los hermanos Graco, el de Claudio Nerón, héroe de la guerra contra Asdrúbal y Aníbal y el de Julio César, además de otros ejemplos tomados de la Biblia, como el de Abraham, que estuvo dispuesto a sacrificar a su único hijo porque Dios lo ordenó, y el de Moisés, que siendo un pastor, no dudó en presentarse ante un rey soberbio y obstinado, el Faraón. Son todos modelo de jefes responsables que saben guiar a su pueblo.

El providencialismo y las razones históricas exigen su compromiso y responsabilidad para venir a Italia y restaurar los valores de la libertad, de la justicia y de la paz: “Serás el auténtico emperador cuando cumplas con tu deber” (*tunc verus mihi caesar verusque videris imperator, cum officium tuum impleveris*)⁹.

Para concluir, Petrarca lamenta las disensiones de Italia, realidad que ignora o pretende ignorar el monarca bohemio, disensiones que, por otra parte, fueron siempre la constante del pueblo italiano, como recuerda con los ejemplos del nacimiento mismo de las murallas de Roma “bañadas de sangre de hermanos”, la secesión al Monte Sacro, Pirro, que penetró en Italia para prestar ayuda a los rebeldes de Tarento, la rebelión de los brucios, los lucanos y otros pueblos de Italia, de Capua durante la segunda guerra púnica... “Toda la historia está llena de secesiones y rebeliones itálicas, de manera que un ánimo vigoroso y conocedor del pasado puede considerar dicho con toda razón y conforme a la naturaleza aquello de Virgilio: “Italia, preñada de imperio y temible en las guerras”¹⁰.

Finalmente se anuncia la coronación imperial para el 5 de abril del año 1355 cuando el papa es Inocencio VI. Sabedor de ello, Petrarca escribe desde Milán una cuarta epístola al emperador mostrándole la alegría que siente por ver cumplidas sus súplicas. Se trata de *Familiares* XIX, 1¹¹.

con numerosa guardia, el aparato de la soberanía y de la fuerza, no dejó de rehusarlo largo tiempo con impudentísima comedia, contestando a las instancias de sus amigos, que no sabían qué monstruo era el Imperio y manteniendo en suspenso, por medio de respuestas ambiguas y artificiosa vacilación, al Senado suplicante y consternado. Algunos perdieron la paciencia, y un senador exclamó entre la multitud: *Que accepte o desista*; otro le dijo cara a cara: *que era costumbre esperar mucho tiempo para hacer lo prometido, pero que él empleaba mucho tiempo para prometer lo que habla hecho*. Al fin aceptó el mando como obligado, deplorando la miserable y onerosa servidumbre que le imponían, y reservándose como condición la esperanza de dimitir algún día. He aquí sus propias palabras: *Esperaré el momento en que juzguéis equitativo conceder algún descanso a mi vejez*.

⁹ Rossi 1923-1942: 963

¹⁰ Virgilio, *Eneida*, IV, 217-218

¹¹ Rossi 1923-1942: 999.



Inocencio VI junto al cardenal Gil Albornoz y el emperador Carlos IV. Fresco de la capilla de los españoles del convento dominico de Santa María Novella, Florencia (Italia)

En ella le hace saber que encontrará todo dispuesto: la corona, el imperio, una gloria inmortal, la puerta del cielo abierta, y todo cuanto se ha dado al hombre desear o esperar; además de que “conmigo sale al encuentro un enorme ejército; más aún, la misma Italia, madre de todos nosotros, y Roma, cabeza de Italia, exclaman en voz alta aquellas palabras de Virgilio: “Al fin llegaste y tu piedad esperada venció el duro camino”¹².

Pero Carlos IV, poco después de recibir la corona imperial, regresa a Bohemia, lo que motiva una quinta carta¹³, esta vez de reprobación y desencanto por no haber cumplido con las expectativas soñadas.

(1) Hace poco, al entrar en suelo italiano y en nuestra ciudad salí a tu encuentro con el corazón y con una carta... Ahora que te vas te sigo también con el corazón y con una carta; lo que importa es esto, que entonces la carta fue alegre y también lo estaba el corazón. Ahora todo es triste. (2) Y es que tú, César, lo que tu abuelo y otros muchos de tus antepasados buscaron con tanta sangre y esfuerzo, tú lo has conseguido sin sangre y sin dificultad: Italia franca y abierta, abiertas las puertas de Roma, un trono fácil, un Imperio tranquilo y en paz, una corona sin sangre. Y tú, ingrato de tantos méritos o injusto reconecedor de las cosas, dejas todo esto y regresas nuevamente a ese reino bárbaro. (3)... con esa marcha tuya tan precipitada, semejante a una huida, para decir la verdad, yo te considero más triste que a nadie. Por esta razón, esa

¹² Virgilio, *Eneida*, VI, 687.

¹³ Rossi 1923-1942: 1024. Se trata de *Familiares* XIX, 12.

decisión tuya me ha dejado completamente atónito y no sé si la fortuna podrá brindarte otra ocasión semejante. Ciertamente, la razón, la virtud y todos los hombres buenos y todo el Imperio, si pudieran hablar, lo condenan, y todos los hombres malos y rebeldes la aplauden.

(4) Vete, pues, ya que así lo has decidido, pero recuerda también esto y manténlo fijo para que te siga como un recuerdo de quien te dice adiós: **ningún príncipe abandonó jamás una esperanza tan grande, tan floreciente y tan honesta**; (5) Pregunto, ¿cuándo habría hecho eso tu abuelo?, ¿o tu padre¹⁴ que, aunque no era emperador, sólo por la memoria del imperio paterno reivindicó el derecho de tantas ciudades? Pero **la virtud no es un bien hereditario**, aunque yo creía que a ti no te faltaba la ciencia de gobernar y de hacer la guerra, **te falta la voluntad**, fuente de todas las acciones.

Y, como en la primera de las cartas, también ahora acude a la personificación de las figuras de su padre y de su abuelo que le reprocharían, de manera irónica, que tras tanta demora simplemente lleve a casa una corona de hierro y el vano nombre de Imperio: “serás llamado emperador de los romanos, pero eres solo el rey de Bohemia y ojalá no lo fueses... Mi Lelio me trajo la imagen de un César de antigua hechura, que si pudiera hablar por sí misma o tú la pudieses ver, te haría volver de esa marcha tan poco gloriosa, por no decir infame”.

El colofón es una sexta carta¹⁵ escrita en Milán el 21 de marzo de 1562, once años después de la primera exhortación, en la que, si bien le agradece la amistad que ambos siguen manteniendo, vuelve a insistir en los reproches de la anterior por el abandono de la República y del Imperio.

Es la carta más íntima por los sentimientos de amor a la patria: “Es para mí más querida Italia que cualquier tierra del mundo, ya sea por la naturaleza, ya sea por sus hombres. Y si no estuviese completamente convencido de esto, indudablemente habría permanecido a tu lado cediendo al tiempo, cuando supe que deseabas mi presencia”.

Para Petrarca, en el declinar de su vida, no es fácil cambiar su lugar de residencia, Italia sigue ostentando la primacía del Imperio y fue ella la única que le dio ánimos para dirigirse al emperador y recordarle lo que pensará la posteridad. Es ahora, en la madurez de ambos, cuando conviene recordar lo que en su momento le dijo: “¿No te das cuenta de cuán necesario es el esfuerzo para la virtud y el deber en primer lugar y para tu gloria y el juicio de la posteridad en segundo lugar?”.

En un alarde de conocimientos del mundo clásico, Petrarca le recuerda la sucesión, a peor, de quienes actuaron como el Emperador. Una vez más se sirve de *exempla* de poetas clásicos que pusieron de relieve el tópico del *tempus fugit*; en

¹⁴ Juan I de Luxemburgo.

¹⁵ *Familiares* XXIII, 2. Rossi 1923-1942: 1188.

primer lugar Horacio: “Cuando hayas muerto y Minos haga un solemne juicio de ti, Torcuato, ni el linaje ni la elocuencia, ni la piedad te devolverán a la vida”¹⁶, seguido de Virgilio: “Cada uno tiene fijado su día; para todos es breve e irreparable el curso de su vida; pero extender la fama con hechos, en eso consiste la fuerza de la virtud”¹⁷, y de Lucano, Estacio y Juvenal, entre otros, para recordarle su responsabilidad por la dejación de obligaciones: “deberás rendir cuentas a esta nuestra generación que tiene los ojos puestos en ti; en ti solo, y también a los siglos venideros cuyos juicios serán más libres y más duraderos, y por último, también a aquel Emperador Eterno que te ha puesto al frente de este imperio temporal para que ocupes el solio, el cetro y el nombre no como algo vacío, sino para que reines y gobiernes y des ayuda a los afligidos”¹⁸.

De los poetas pasa a los hombres ilustres que sustentaron el imperio romano; el primero, Augusto, después los Escipiones, Alejandro Magno y Julio César, todos los cuales hubieron de hacer frente a dificultades mayores, incluidas rebeliones de sus propias tropas, como en el caso específico de Alejandro Severo, que no dudó en entregar al suplicio a soldados suyos y legiones enteras que se amotinaron en Germania¹⁹. Todas estas dificultades no tienen nada que ver con la presente Italia que acogió bien la coronación del emperador, como lo demuestra su paso por Milán y Roma, ciudades donde fue investido de la doble corona, la de los lombardos en Milán y la de emperador en Roma; pero el emperador dejó absolutamente de lado la cuestión italiana, probablemente porque le dieron miedo los rumores de algunos sediciosos, sin reparar en la premonición de Petrarca: “Puede suceder que donde hay un gran amor surja un gran odio”, si no tiene en cuenta que **“Roma es la casa propia de los Césares y la verdadera patria**; más aún, es la patria común de todos, señora de todo, reina del orbe y de las ciudades, tan fértil en ejemplos nobles que con solo verla estimula todos los ánimos y los libera de la indolencia”²⁰.

3. CONCLUSIÓN

Las seis cartas analizadas responden al modelo retórico de un *genus deliberativum* cuyos tres fines son evidentes: el primero, *suadere* mediante una serie de razones para que el emperador venga a Italia, saber que padece tantos males que no hay quien pueda ponerle remedio, porque Bruto, Escipión, César y Trajano están muertos (primera y segunda cartas), refutando así las razones

¹⁶ Horacio, *Carmina*, IV, 7, 21-22.

¹⁷ Virgilio, *Eneida*, X, 467-469.

¹⁸ Rossi 1923-42: 1193.

¹⁹ Sin embargo, Petrarca omite que este emperador murió a manos de sus soldados en Maguncia.

²⁰ Rossi 1923-42: 1196.

del Emperador para justificar su demora (tercera carta); el segundo, *delectare* mediante *exempla* tomados de la historia de Roma, presentes en todas las cartas en las que Petrarca demuestra un amplio conocimiento tanto de las fuentes literarias de poetas (Horacio, Virgilio, Persio, Juvenal, Estacio) como de historiadores (Livio y Valerio Máximo) y de filósofos (Cicerón, Séneca); el tercero, *movere* suscitando el *pathos* de Roma como una matrona anciana cuya imagen se aparece a su abuelo Enrique VII.

Este último recurso, por otra parte, no es original: la personificación de Roma dirigiéndose a un caudillo en los momentos difíciles estaba ya en Lucano cuando Roma se le aparece a Pompeyo:

*at nox felicitis Magno pars ultima uitae
sollicitos uana deceptit imagine somnos.
nam Pompeiani uisus sibi sede theatri
innumeram effigiem Romanae cernere plebis
attollique suum laetis ad sidera nomen
uocibus et plausu cuneos certare sonantes;*²¹

Pese a todo, la idea imperial de Petrarca, celebrada a su vez en el poema *África*, quedó en el olvido hasta el advenimiento de Carlos V, porque más allá de la *restitutio imperii*, lo que subyace en el humanista aretino es la idea de *libertas italiana* y el imperio solo le resultaba aceptable en la medida que fuera nuevamente Roma la cabeza espiritual y política; el emperador había de serlo aceptando su presencia permanente en Roma, al igual que el papado tras el cisma de Avignon.

En Petrarca primaba más una idea romántica que la conciencia de la realidad histórica del momento, algo parecido a lo que sucedería después con Carlos V, cuya voluntad de restaurar el Sacro Imperio Romano Germánico no era comprendida ni correspondida por los reyes y papas coetáneos, antes bien se mostraron recelosos del poder de la casa de Habsburgo²². En ambos casos “Era una idea fuera del momento histórico”²³. Resultaba medieval por la idea de reavivar el Sacro Romano Imperio y a la vez resultaba excesivamente moderna en la medida que aspiraba a la unidad de Europa, tal vez la Europa que hoy vivimos. Históricamente contemplado, era el momento de la “razón de estado”, el del nacimiento de los grandes estados modernos, de las monarquías absolutas nacionales. Era más el momento de la fragmentación que el de la unidad.

La ilusión de una unidad espiritual cristiana, buscada por Carlos V ante la Reforma, fue bien vista como tal por Andrés Laguna cuando fue invitado a

²¹ Lucano, *Bellum civile*, VII, 7-12.

²² R. Menéndez Pidal 1963: 28.

²³ J. L. Abellán 1982: 256.

Colonia a pronunciar un discurso sobre Europa que significativamente tituló *Europa heauten timoroumene* (*Europa que se atormenta a sí misma*)²⁴. Laguna sabía que el intento de unidad en la Dieta de Ratisbona (1541) había fracasado, Colonia era el centro del irenismo, él abogaba por un catolicismo más flexible en el que pudiesen caber todos los cristianos y comienza su discurso el domingo 22 de enero de 1543 a las siete de la tarde, en un ambiente nocturno, en el Gimnasium de las Artes de la Universidad, abarrotado de príncipes y varones doctos, a la manera de una ceremonia de difuntos, entre antorchas, haciendo aparecer una mujer ante los presentes “mucho más desdichada que cualquiera otra, toda llorosa, pálida y con los miembros mutilados, hundidos los ojos y como escondidos en una caverna, extremadamente macilenta y escuálida, cual las viejas que a mí tantas veces suelen acudir consumidas por la tuberculosis”. (Andrés Laguna, no lo olvidemos, era un insigne médico y humanista). Esta vieja se presenta al auditorio quejándose de su lamentable estado, en los siguientes términos: “Yo soy aquella infeliz, triste y funestísima Europa a la que tú, mientras me mantenía floreciente en mi vigor, muchas veces admiraste. Yo soy aquella a la que, olvidado de todo lo demás, contemplabas con tanto deleite. Aquella, cuya ingénita belleza y agraciada hermosura servían de pasto admirable a tus ojos. La que en otro tiempo se granjeó el afecto de todos y atrajo los corazones para su mayor aprecio y admiración”²⁵.

Como en tiempos de Petrarca, la desgracia le viene más de sus hijos que de sus enemigos exteriores y termina el discurso haciendo un llamamiento a quienes la quieren y esperando socorro para restituir su salud y llevarla a tiempos mejores.

Casi siete siglos después de Petrarca estamos viendo el proceso de la Unión Europea con la conciencia de una realidad diferente, pero nunca debemos olvidar aquellos elementos de cohesión que cimentaron la aspiración de los humanistas: la unidad política y el cristianismo, verdaderos salvaguardas de los enemigos internos.

²⁴ Andrés Laguna 1962: 119-125.

²⁵ *Europa se discrucians*, págs. 119-125.

BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, J. L. (1982), *El erasmismo español*. Madrid.
- Chandelle, René (2006), *Traidores a Cristo. La Historia maldita de los papas*. Barcelona.
- Dante (2003), *Divina Comedia*, Traducción de Luis Martínez de Merlo. Madrid.
www.ciudadseva.com/textos/poesia/dante/da.htm.
- Laguna, A. (1962), *Europa beautem timoroumene, hoc est misere se discrucians suamque calamitatem deplorans*. Edición facsímil con el título de *Discurso sobre Europa*. Homenaje al Dr. Andrés Laguna. Madrid.
- Lucano (1984), *Bellum civile*, Edición y traducción de A. Holgado Redondo, Madrid.
- Horacio (1990), *Odas y Epodos*, Ed. de M. Fernández Galiano y V. Cristóbal. Madrid.
- Menéndez Pidal, R. (1963), *Idea imperial de Carlos V*. Madrid.
- Petrarca, F. (1923-1942), *Familiarium rerum libri*, Ed. Vittorio Rossi-Umberto Bosco, Edizione nazionale delle opere di Francesco Petrarca, vol. X-XIII, Traduzione di Enrico Bianchi. Firenze.
- (1955), *Prose*, a cura di G. Martellotti, P.G. Ricci, E. Carrara, E. Bianchi. Milano-Napoli.
- Virgilio (1992), *Eneida* [1ª edición, 2ª impresión]. Ed. de Echave Sustaeta. Madrid.